

Pepe Cañada o la madurez de la fruta

Salvador Pérez

• 12- Abril -2013

Es la noche. A veces se hace larga y confusa. Y hay que buscar soluciones para dormir, el necesario descanso. Yo, en *mi segunda vida*, después de la ida de mis hijos Carlos Salvador y Beatriz en la flor de sus 27 y 25 años tuve que buscar caminos para el sueño que no llega. Y lo hago con la cosecha de sus muchos y buenos recuerdos o haciendo alineaciones del Atlético de Madrid, su equipo...

¿Qué hacía este hombre de nombre de barrio: Pepe Cañada, el de La Cañada? Conocer más y mejor su propio pueblo, esta Guancha que tanto caminó, que tanto amó, que tanto descubrió. Cogía una calle y una casa y allí empezaba: aquí viven este matrimonio, con sus hijos, la abuela es...Y así conocía uno por uno a todos los guancheros, casi con sus nombres y apellidos. Y así repasaba cada uno de los parajes, caminos, barrancos, lugares, montes, calles... ¿cuántos nombres tienes Juan en su lista de toponimias guancheras? Y así se iba durmiendo en la plácida noche del hogar familiar.

¿Pero quién era, quién es Pepe Cañada? Ahora, cuando somos huérfanos de su solidaridad, nos damos cuenta, como una fría dentellada, de lo necesario que era para nosotros, de lo imprescindible que se convirtió en la vida de tantos, un ser necesario e irrepetible, único, un oro puro, puntal de la existencia cotidiana de otros seres humanos que ahora notan, notamos, el vacío de su ida ...

Y es que no es fácil ser bueno, darse así a los demás sin dejar *de dar* a los suyos. Daba soluciones a todo, sin gritar, sin subir el tono de voz, (¡calladito: que esto está resuelto!; esto es bobo; ¿cuál es el problema?; ¿qué problema tienes tú?), ironía, retranca, complicidad con el interlocutor, sabía hasta decir no, siempre estuvo con unos (y con otros), podía estar en las dos aceras, su magnanimidad, su bonhomía se lo permitía, estar en las dos orillas por su talante dialogante .Era como un *CNI humano*: conocía todo y a todos, pero no usaba sus informaciones privilegiadas porque nos abríamos con él, era un buzón de confidencias. Conocía secretos, frustraciones, anhelos, esperanzas de *los otros*, pero era tan listo y prudente que en la vida seguía caminando entre conversación y conversación. ¿Qué me dices?, decía, y tu abrías tu alma atribulada a un receptor que te daba paz. Y es que siempre estuvo en paz consigo mismo excepto un pequeño temporal que le afectó, y mucho, en su vida postrera. Era un corazón grande en su alma y pequeño, y complicado, en su cuerpo físico. El

corazón, ese inmenso corazón, que nos lo llevó a ese otro lado del *después del después* que dicen es la eternidad un 5 de agosto del año pasado.

Tuvo una vida difícil, con una infancia casi de huérfano por el padre emigrante a Venezuela y con carencias de todo tipo y su madre, Sabina, como una *sabina herreña* luchando contra todos los vientos. Sin embargo, con fuerza y constancia, se fue haciendo a si mismo en esa suprema cultura del pueblo llano. Fue el llamado abogado *de sequero* que con fijarse y conocer la vida por dentro se fue haciendo poco a poco en un ser imprescindible para los demás que le consultaban o le pedían su opinión – siempre tan precisa, tan mesurada- sobre cualquier problema que afectara a la vida de *los otros*. Fue un dar en las pequeñas y grandes cosas de la vida de los demás. *¿Cómo estás, querido?, ¡Ay, el bobito ,¿qué me dices?*, con aquella voz perceptible entre la ironía y la confianza.

Y como hombre público se fue haciendo en el discurrir diario, en la lucha constante de ese algo que fue mucho de las “obras comunitarias” cuando el pueblo unido jamás será vencido, cuando la fuerza del Ayuntamiento y el entusiasmo de los vecinos hacían las propias obras con el pico y la pala del esfuerzo, con la firmeza de una causa común que unía a todos en una realización que terminaba en confraternidad a pie de calle.

Con un trabajo detrás, con una labor ya en pie, conocida y enaltecida por sus vecinos más cercanos, estuvo en primera línea en la única candidatura a las elecciones municipales del año 1979. Y así estuvo muchos años. Nada menos que veinticuatro fructíferos años: veinte en el gobierno y cuatro en la oposición. Y siempre luchando, siempre trabajando, buscando siempre lo mejor, lo más factible, lo más cercano. Y no son tópicos ni frases hechas, sino tangible realidad de un hombre, de un concejal cercano a los demás, conocido y que conocía, que buscaba y le buscaban. Él no pertenecía a esa bien llamada “clase política” (con las comillas del desencanto) actual que ve a la política (ese cometido tan necesario en la vida de los pueblos) como lugar para vivir sin trabajar, como profesión remunerada. No era, no fue, de esa justa frase de ahora de “que los políticos no son la solución sino el problema”. Pepe Cañada fue casi siempre la solución

Porque no lo olvidemos: nos hacen falta ahora hombres como Cañada. En tiempos de tantos silencios, en horas de incertidumbre por la actualidad de un mundo egoísta e insolidario, donde tantos ricos siguen siendo cada vez más ricos y tantos pobres son cada vez más pobres, en este tiempos de carencias y dificultades cuando el hombre es lobo carnívoro monetario para los otros hombres, hacen faltan hombres como Cañada que nos den la certeza del sendero nuevo, de que con el poeta caminamos haciendo camino y que poner orden y paz, humildad y sabiduría, afán de colaboración, poniendo cada uno el pequeño grano del deber hagamos grande la montaña necesaria de la solidaridad porque, como decimos en la

Fundación Canaria Carlos Salvador y Beatriz –mis hijos siempre- con “poco se puede hacer mucho”.

Incluso en un tiempo difícil para su partido dio un paso adelante. Con valentía y decisión se presentó como candidato a alcalde en el año 2003. No gano pero muchos dicen que se perdió un gran alcalde. Modesto, sencillo, humilde, resolutivo, trabajador, directo a los problemas, imaginativo y cordial.

Y que quede claro. En nuestras muchas conversaciones sobre el momento actual de La Guancha nunca fuimos de ese mal partido de “*que cuánto peor, mejor*”. Nos dolían los problemas y siempre hablamos en plan positivo: jamás en contra.

Fue igualmente hombre clave en el hecho histórico más importante del pueblo: las Fiestas de La Guancha. Pasar de pequeña localidad a protagonista de la actualidad regional e incluso nacional, pues en artesanía fue la Feria más importante de España. Y Cañada llevando las obras, buscando de aquí y de allá, haciendo pequeños milagros para que todo estuviera a punto...para recibir a miles de visitantes asombrados y absortos ante tanto derroche de trabajo bien hecho con una organización amateur, eficaz y desinteresada, sin cobrar un duro con una generosidad y un esfuerzo colosal. Un hito en la historia de nuestro pueblo.

Ay, Cañada, ¡de cuántas cosas sabía! Agricultor, su conocimiento de los hornos de brea, su sabiduría del monte, de incendios forestales, de galerías, de lugares, parajes y personas. Esa cercanía a los dos polos de la vida: el inicio (los niños: su imagen con dos nietas en los brazos. “Tengo cinco: Los nietos, ya no se donde ponerlos. Este sábado no puedo: voy llevar a Saúl a jugar al fútbol...”) y el final de la vida (hablando con los viejos: y usted que hace; oiga, con su edad todavía). ¿Y qué decir de los jóvenes?: como acercarse, como hablarles, como enseñarles datos de una Guancha desconocida para ellos.

Dejen que les cuente una anécdota ilustrativa de su talante. Un sábado, exactamente el 7 de abril del año pasado, llegó a mi casa junto con Felipe y Martín, Juan y Jerónimo y me dice a la primera: “Venimos a que termines el libro de la Banda antes de que te mueras”. Las terribles paradojas de la vida con sus giros extraños. Y ahora estamos cumpliendo ese deseo pues un grupo de gentes seguimos preparando la edición del libro “La Banda en la vida. Crónica de 90 años de la Banda de Música de La Guancha (1924-2014)

Y la fruta de su existencia estaba madurando. La madurez de la fruta en la vida de Cañada estaba en plena sazón. A su lado el tronco del árbol de Maximina, su esposa y compañera (¿y cómo está *el niño*?, le preguntaba yo) y las ramas de los hijos: Jose con Sandra, David con Mary, Nuria con Alejandro y las yemas y los brotes de los nietos, Saúl y Raquel, Sara, Ángela y Esther. Y Cañada en la madurez de la fruta recogiendo de sus

vecinos las flores de la solidaridad, el compromiso, el esfuerzo, el buen hacer, el bien hacer, el buen querer de un ser que siempre recordaremos.

Le recuerdo, también ahora, en mi hora fatídica, en mis días peores –y no los tendré nunca más tristes-, y Cañada estuvo con nosotros con sus ojos diciendo:”¿Y yo qué les digo? Adelante, no se rindan, a pesar de la vida...hay que seguir viviendo”. Y así lo hemos hecho a “pesar de la vida en contra”.

Por eso en esta hora de recuerdos y añoranzas, de afirmación del poder contra el olvido, de loar al amigo Cañada siempre eterno en la memoria de los que le quisimos, quiero terminar con dos frases de mis hijos, recuerdo perenne: una, de Beatriz, que recordaba a Dostoievski :”El secreto de la existencia humana no consiste en vivir, sino en saber para se vive”. Y otra de Carlos Salvador: “Recuérdame sólo cuando esté ante ti. Después, cuando ya me haya ido, vívete”.

Vívete, vivamos recordando al amigo inolvidable: nuestro Pepe Cañada